

“músculos orbiculares del iris, que se habian dilatado estraordinariamente. Mis remedios le habrian dejado la vista tan buena como la tenia ántes, si no la hubieran debilitado los dos accidentes referidos; mas como faltaban ya lágrimas y sangre, la operacion no ha podido ser completa.

“He creido necesario, señor, entrar en estos pormenores, por ser inútil que se gaste el dinero del rey en medicinas y en mis visitas, pues el único remedio para que cesen los males del preso, es el aire libre y mucho ejercicio: solo así conservará la poca vista que le queda. El aire fortalecerá todas las partes de su cuerpo, y el ejercicio continuo disipará la superabundante acumulacion de humores de la cabeza, que le causan frecuentes convulsiones, y que acabarán por dejarlo completamente ciego, si sus sufrimientos continúan.”

Hemos creido deber insertar este parte íntegro, porque lleva un sello de sinceridad que escluye la duda que pudiera suscitar la narracion de tantas atrocidades. Pues bien: á pesar de lo manifestado por el médico, se dejó á Latude en el calabozo. No habiendo podido morir el desgraciado, trató de mitigar sus padecimientos ocupando su inventadora imaginacion, y pensó en hacer algun descubrimiento que pudiera captarle la benevolencia del gobierno. Fijó su atencion en el ejército: calculó que los cabos y sargentos, que no tenian mas arma que una alabarda, debian estar casi siempre en la imposibilidad de tomar parte en el combate, aunque estuviesen tan espuestos como los soldados, y que si se sustituía la alabarda con el mosquete, el ejército se encontraria aumentado de repente en mas de veinte mil hombres escogidos.

La idea era muy sencilla; pero siempre sucede con todas las buenas, que cuando se manifiestan, todos se asombran de que no les hayan ocurrido. Se necesitaba escribir una esposicion del plan de Latude, lo que era bastante difícil á un cautivo privado de todo. Latude no se desanimó con el obstáculo: habia encontrado en su paja una espina de carpa, que convirtió en pluma, sirviéndole de papel el migajon de pan, que amasó, aplanó y puso á secar. No le faltaba mas que tinta, que no tardó en proporcionarse: con unas cuantas hebras de su camisa se ató la punta de los dedos de la mano izquierda, y picándoselos uno tras otro con la hevilla de sus calzones, se sacó sangre, que le sirvió para escribir.

Pero la sangre del desventurado caballero era tan escasa, que necesitaba renovar con frecuencia los piquetes, los que á la larga le causaban dolores intolerables. Para evitárselos, recojió cuanta sangre pudo en su cubilete, y desleida en una poca de agua, formó una tinta rosada, con la que pintó en su papel de pan una letra muy legible.

La esposicion estaba casi concluida, cuando invadieron el calabozo las aguas del Sena desbordado, que destruyeron el trabajo de Latude. Aquel era el golpe de gracia: el infeliz iba á morir; pero habiéndose quejado sus carceleros de que se mojaban los piés al llevarle su pan, se le sacó por fin de aquella tumba para trasladarlo á una pieza sin chimenea. Allí solicitó confesarse, y logró captarse la amistad del capellan de la Bastilla, que era por casualidad hombre de

bien, pues no se escogia comunmente para el desempeño de tales funciones sino á sacerdotes perdularios é indignos del santo ministerio que se les encomendaba. El virtuoso eclesiástico se compadeció de los penosos padecimientos de su miserable penitente, y alcanzó que se le proporcionaran plumas, tinta y papel. El caballero pudo ya formular su plan, y el capellan se comprometió á hacerlo llegar al rey, y cumplió su palabra. Luis XIV recibió el memorial, aprobó el proyecto y mandó dar mosquetes á los cabos y sargentos; pero Latude no obtuvo nada, porque el rey no queria enojarse con su querida.

Otras esposiciones corrieron igual suerte: se aprovecharon las buenas ideas que contenian, y se dejó al autor en la cárcel.

La posicion del pobre Latude era la misma de siempre, cuando murió en 1761 el gobernador Gerónimo Dabadié, á quien reemplazó el conde de Jumilhac. Este nuevo carcelero quiso ver al preso, cuya evasion milagrosa habia metido tanto ruido años atras, y despues de oír la narracion de las multiplicadas y dolorosas aventuras del caballero, prometió conseguirle una audiencia de Mr. de Sartine, el cual fué en efecto á la Bastilla y habló varias veces con Latude, aunque sin provecho alguno para este. Entónces el caballero, fuera de sí, se desató contra la ingratitud del monarca, contra la crueldad del superintendente de policia, que temeroso del escándalo, lo mandó despojar de tinta, plumas y papel; y como este arbitrio no lo dejaba tranquilo á causa del genio inventivo del preso, pensó en deshacerse de él en toda forma. Con tal intencion entregó al ministro Saint-Florentin el documento que reproducimos testualmente:

“A medida que se prolonga la prision de Dauri, (1) subia de punto su perversidad y su ferocidad, dando á conocer que seria capaz de cometer los mas graves crímenes, si salia libre.

“Desde el 1.º de Julio y 13 de Agosto últimos, que le mandé decir siguiera teniendo paciencia, y que el tiempo de su libertad, aunque prócsimo, no estaba fijado todavía, no hay escesos, groserías, injurias y amenazas que no haya empleado para hacerse temible.

“Aborrece la memoria de la señora marquesa, á la que prodiga los epítetos mas ofensivos, nada mas que por haberse vuelto él un malvado en su prision; y si aquella hubiera vivido, le hubiera buscado una catástrofe, según se espresa en la página 7 de su carta de 27 de Julio. Ni el rey está á cubierto de sus insolentes burlas.

“Despues de la carta citada, en que me prodiga injurias atroces, y me hace las mas terribles amenazas, lo he tratado con humanidad.

“Despreciando sus furores, le he dado por conducto del mayor, á quien escribí sobre el particular, esperanzas de que se abreviaria la duracion de su encierro. El ha contestado con cartas insolentes, que me han obligado á meterlo en el calabozo, aunque esto poco le puede.

[1] Es de advertir, para que se entienda esta palabra, que se habia apuntado á Latude en el registro con un nombre supuesto, precaucion que se tomaba con la mayor parte de los presos de Estado.

“Ese hombre, que es mas emprendedor de lo que pudiera decirse, embaraza el servicio de la Bastilla.

“Seria oportuno trasladarlo al torreón de Vincennes, donde hay ménos presos que en la Bastilla, y olvidarlo allí.

“Si el señor conde de Saint-Florentin adopta esta resolucion, se le suplica que espida las órdenes correspondientes.”

Miéntas el ministro tomaba la decision de encerrar á Latude en Vincennes para olvidarlo allí, segun la atroz espresion de Sartine, el caballero buscaba el modo de establecer una correspondencia exterior, para la cual lo primero era poder escribir, cosa muy difícil, por haber prohibido el superintendente de policia que se dejara á aquel hombre emprendedor ni una cabeza de alfiler. La dificultad sin embargo fué vencida de nuevo. Latude tenia permiso de pasearse una hora diaria por la plataforma de la torre en que estaba encerrado, á la que lo llevaba un carcelero, que lo dejaba bajo la custodia de un sargento, y pasada la hora, volvía por él.

El sargento fumaba. Un día, fingiendo Latude un fuerte dolor de muelas, le ruega que le preste su pipa, á lo que el otro accede, dándosela encendida. El caballero, que finge una completa inespriencia, la deja apagar, y suplica al sargento que le preste su eslabon para volverla á prender. Obtenido tambien este favor, oculta, al sacar lumbre, un pedazo de yesca. De regreso en su cuarto, se queja de un cólico violento, y consigue aceite para curarse. Hace luego un arco con un palo de silla, que le sirve para dar rápidas vueltas á una clavija de madera, enteramente seca, en un agujero hecho en medio de otro pedazo de palo que habia quitado de la cureña de un cañon. Enciéndese la madera en que prende la yesca, que echa sobre una madeja de hilas. El caballero sopla, las hilas arden, y poniendo en el aceite una mecha, fabricada con un retazo de camisa, tiene ya una lámpara. Colocando un plato sobre ella, se proporciona tizne, que recoge con todo cuidado, y desleido con jarabe y agua, forma tinta. Seguidamente dobla con una piedra una moneda de dos sueldos, que amuela en el suelo para convertirla en pluma. De algunos libros que se le habian dejado, arranca las hojas que necesita, y escribe entre los renglones un memorial, en que revela todas las atrocidades de que se ha hecho culpable la marquesa de Pompadour, así como varios secretos importantes relativos al nacimiento de esa muger y á su conducta escandalosa ántes de ser querida del rey. El caballero se proponia mandar su espresion á La Beaumelle, á quien habia conocido en la Bastilla, y una copia á la marquesa, haciéndole saber que el original estaba depositado en manos seguras, y que se le daría publicidad, si no hacia que Latude saliera inmediatamente libre.

Verificado así todo, faltaba hallar modo de que original y copia llegasen á las manos á que los destinaba. Paseándose por la plataforma, habia observado el prisionero dos jóvenes que trabajaban en un cuarto de una casa contigua: diariamente las miraba, las saludaba: ellas lo habian notado y le devolvian sus sa-

ludos, y á poco se pusieron á platicar por señas con él. Latude hizo dos paquetes, uno para La Beaumelle y otro para la marquesa: los metió en un saco con una carta esplicatoria para las dos damas sus vecinas, y escondió el saco debajo de sus vestidos. A la hora del paseo, hizo seña á sus conocidas de que se acercaran á la torre cuanto mas pudieran, y cuando lo verificaron, aprovechando un momento en que el sargento estaba mirando para otra parte, les tiró el saco con tanta fuerza y fortuna, que cayó á sus piés.



Tres meses trascurrieron sin que el caballero oyese hablar de nada, si bien sus vecinas le hacian señas que parecian anunciarle su próxima libertad. Por fin, un día vió en su ventana una tabla en que estaban escritas con letras grandes estas palabras:

LA MARQUESA DE POMPADOUR HA MUERTO AYER, 17 DE ABRIL DE 1764.

Difícil seria espresar el júbilo que sintió Latude, persuadido de que sus padecimientos iban á cesar en fin. Ah! el desgraciado no contaba con el superinten-

dente de policía, que parecia haber heredado el odio que le habia profesado la marquesa.

Sorprendido de que no lo pusieran en libertad, el caballero escribió á Sartine reconviniéndole por su lentitud en efectuar ese acto de justicia. Por toda respuesta dió el superintendente la orden de meterlo en el calabozo, donde pasó tres semanas, despues de las cuales se le trasladó á Vincennes para *olvidarlo allí*.

¿No es verdad que nuestra narracion parece una novela salida del cerebro del mas lúgubre novelista? Pues es histórica sin embargo, escrita sin pasion, sin espíritu de partido, con la mas escrupulosa imparcialidad. Cuántos odios se aglomeraban! Siglos enteros no bastarán para estinguirlos.

Tambien en Vincennes se encerró á Latude en el calabozo, luego que llegó. Cayó enfermo: el gobernador se compadeció de él, y lo pasó á un cuarto, permitiéndole luego pasearse.

Mas de un año trascurre: el caballero se restablece. Al volver un dia de paseo, derriba á sus dos carceleros, que cojidos de improviso caen uno sobre otro. Latude echa á correr: pasa por delante de dos centinelas, que en vano procuran detenerlo, y que corren tras él gritando *cójanlo*. El caballero sigue corriendo, gritando como ellos. Llegado al puente levadizo, el soldado de faccion cruza la bayoneta para cerrarle el camino: el fugitivo finge someterse, y coje luego de repente la bayoneta, arranca el fusil de manos del centinela, lo tira al foso y continúa su carrera.

Como la primera vez, se refugia Latude en el bosque y logra entrar en Paris; pero ¡cosa increíble de parte de un hombre de tanta capacidad! tambien como la primera vez cuenta con la generosidad de sus perseguidores, y se entrega al ministro Choiseul, que lo hace llevar de nuevo á Vincennes. De allí, despues de nuevos padecimientos, se le traslada á Vicètre, donde se le pone entre los locos, y donde no tarda en encontrarse lleno de piojos, debilitado por la enfermedad y por la falta de alimento. Por casualidad le dan por carcelero á un hombre á quien la miseria habia obligado á aceptar tan triste empleo, y que no se habia depravado todavía con el contacto de sus compañeros. Latude consigue interesarlo en su suerte, refiriéndole sus desgracias, y el carcelero le proporciona tinta, plumas, papel, con lo que el preso redacta un nuevo memorial, que el llavero promete llevar á su título, el primer dia de licencia que le dén.

Lo asombroso es que Latude, despues de tantas torturas morales y físicas, no hubiese perdido nada de su energía, y que sus facultades intelectuales se conservaran sin alteracion. Su memorial es una narracion acalorada, llena de verba, de sus prolongados padecimientos, y no puede ménos de conmover al corazon mas duro. Era de esperarse que la verdad venciera: era de esperarse el término de tantas persecuciones. . . . No; la hora de la justicia está todavía muy léjos.

Escrito el memorial y puesto el sobre, fué dado al carcelero, que al pasar por

Paris lo deja caer sin notarlo. Vuelve á comunicar este incidente á Latude, quien con la perseverancia que le conocemos, se pone á renovar su trabajo. Por desgracia el carcelero es un pobre de espíritu, que ha tomado la pérdida del papel por una advertencia del cielo, y que no solo se niega á desempeñar el encargo, sino que declara ademas que no quiere esponerse á perder su empleo, y que no dará por ningun precio recado de escribir.

Esto era para morir mil veces de desesperacion. Latude, acostumbrado á los golpes de la suerte, soportó este último con la resignacion estoica que habia desplegado en tantas circunstancias. Pensaba en alguna nueva estratagema, cuando con gran sorpresa suya lo llamaron para llevarlo á la escribanía, donde se le dijo que lo esperaba una dama, que habia obtenido el permiso de verlo. He aquí lo que habia pasado.

El memorial perdido por el llavero en una calle de Paris, habia sido recogido por una jóven, la señora Legros, que tenia una mercería, y que llevó el papel á su marido. Leenlo juntos, y como eran gente honrada, se pusieron á llorar al imponerse de tantos infortunios, y tomaron la generosa resolucion de constituirse protectores de aquella inocente víctima de la ferocidad de una cortesana, y de los viles ministros de sus caprichos. Ante todo se proponen ver al preso, y á fuerza de instancias consigue Mad. Legros la licencia necesaria.

Latude sale por fin de la Bastilla, y nuestro plan no nos permite referir cómo se logró sacarlo de aquel infierno. Dirémos solamente que los esposos Legros cumplieron con el compromiso que habian contraído, no se desanimaron con nada, hicieron todos los sacrificios imaginables, hasta alcanzar arrancar á la víctima de manos de sus despiadados perseguidores.

Forzoso nos es ahora volver de nuevo atras, porque al mismo tiempo que Latude, otras víctimas suspiraban igualmente por el dia de su libertad.

XIV.

El conde de Lally-Tollendal en la Bastilla.—Ejecucion de Lally.—Encarcelamiento de una querida de Luis XV.—Cautividad de La Chalotais.

Pocas veces se levantaba el cadalso para los presos encerrados en aquella vasta tumba, cuyas gruesas paredes debian ser eternas al parecer. Los perseguidores temian demasiado que fuesen conocidos sus actos de iniquidad, para consentir siquiera en un juicio aparente, á ménos que no hubiesen hurdido prévia-